los renacientes, los tratados lógicos del famoso, cuanto desconocido Pedro Hispano (Juan XXI ?), escritor de la segunda mitad del siglo XIII, que reinaban oficialmente en la época de Vives, siguieron en boga hasta bien entrado el siglo XVI.

Pedro Hispano resume con bastante claridad la doctrina de Aristóteles. Define la Dialéctica en el libro I de sus *Súmulas* como *ars artium, scientia scientiarum, ad omnium methodorum principia viam habens,* y divide esa obra en seis tratados:

I. *De la enunciación* (corresponde á la *Hermeneia).*
II. *De las cinco voces* (corresponde á la *Introducción* de Porfirio.
III. *De las Categorías* (corresponde á las *Categorías).*
IV. *Del silogismo* (corresponde á los *Primeros Analíticos).*
V. *Del silogismo dialéctico* (corresponde á los *Tópicos).*
VI. *Del silogismo sofístico* (corresponde á los *Elencos).*

No se ocupa, como se ve, en la materia de los *Ultimos Analíticos.* Pero, además del *Textus Summularum,* tiene Pedro Hispano varios opúsculos lógicos *(Parva logicalia),* donde se contienen las mayores lindezas de su doctrina. Son en número de diez, aparte de un *Tractatus syncathegorematum,* que también se le atribuye, á saber:

1.°, *De suppositionibus;* 2.°, *De relativis;* 3.°, *De ampliationibus;* 4.°, *De appellationibus;* 5.°, *De restrictionibus;* 6.°, *De distributionibus;* 7.°, *De exponibilibus (De signis exclusivis, De dictionibus exceptivis, De dictionibus reduplicatis, De incipit et desinit, De nomine infinito, De comparativis et superlativis, De differt, De signo totus);* 8.°, *De obligatoriis;* 9.°, *De insolubilibus;* 10.°, *De consequentiis.*

Pedro Hispano, como hemos dicho, resume con buena claridad al Estagirita, aunque en ocasiones (v. gr., cuando, tratando de los parónimos, dice que *nomen denominativum debet comunicare cum nomine univoco in principio, et differre in fine, ut a* gramatica, gramaticus, *ab* albedine, albus), lo haga con cierta simple rudeza. A veces le añade algo de su propia cosecha, como cuando distingue tres especies de relativos: los que implican relación de igualdad; los que suponen relación de superioridad, y los que envuelven relación de inferioridad. Pero en los *Parva logicalia* la sutileza raya en lo infantil, como acontece en este trozo del tratado *De exponibilibus,* que literalmente traducimos:

«Síguese *de incipit et desinit* (de empieza y de acaba). Acerca de cuya exposición conviene notar que hay cosas que adquieren todo el ser á la vez en el momento *(simul in instanti),* como el hombre ó el número binario, ya se realice eso mediante alguna mutación sucesiva precedente, como acontece en la producción natural, ya sin ninguna alteración previa, como en la creación del ángel; pero otras cosas adquieren el ser sucesivamente y parte por parte, como son las cosas naturales permanentes, cuya denominación depende de la contraria, como lo blanco y lo negro, lo frío y lo caliente, y las cosas naturalmente sucesivas. También algunas cosas pierden todo el ser á la vez y en el momento, mientras que otras lo pierden sucesivamente. Y según estas diferencias, se dan cuatro reglas. La primera regla es: que las proposiciones *de incipit,* en las cosas cuyo ser se adquiere de una vez, se exponen por una copulativa, cuya primera parte es afirmativa de presente y la segunda negativa de pasado, como *ahora empieza el hombre,* ó sea, *ahora es el hombre, é inmediatamente antes no lo era.* Segunda regla: las proposiciones *de incipit,* en las cosas cuyo ser se adquiere sucesivamente, se exponen por una copulativa, cuya primera parte es negativa de presente y la segunda afirmativa de futuro, como esta: *Sócrates empieza á ser blanco;* es decir: *Sócrates no es blanco, é inmediatamente después será blanco.* Tercera regla: las proposiciones *de desinit,* en las cosas cuyo ser se pierde de una vez, se exponen por una copulativa, cuya primera parte es afirmativa de presente y la segunda negativa de futuro, como *Sócrates acaba de ser hombre,* esto es, *Sócrates es ahora hombre, é inmediatamente después no será hombre.* La cuarta regla es: las proposiciones *de desinit,* en las cosas sucesivas cuyo ser sucesivamente se pierde, se exponen copulativamente por medio de una negativa de presente y otra afirmativa de pasado, como esta: *Sócrates acaba de ser blanco;* es decir: *Sócrates ahora no es blanco, é inmediatamente antes fué blan-*

co. De lo dicho se infiere de qué modo se expondrán las contradictorias de las anteriores y cómo procede la consecuencia en las mismas» (20).

Parécenos estar oyendo á los convidados del filósofo Tauro preguntándose, según refiere Aulo Gelio (21): *¿cuándo puede decirse que uno se levanta, cuando ya está en pie, ó cuando aún permanece sentado?*

Versorio (22), el más afamado comentarista de Pedro Hispano, extremó las sutilezas de su modelo; así, la disquisición gramatical, en unión con la metafísica, penetró en los dominios de la lógica, y ésta llegó á constituir el más erizado y espinoso de los estudios, absorbiendo por completo toda dirección filosófica y confundiendo las inteligencias más claras.

El mismo Le Fèvre d'Etaples (Faber Stapulensis) (? 1455-1537), tan encomiado como uno de los caudillos del Renacimiento francés, se limitó á simplificar la doctrina corriente, sin añadir nada nuevo, en sus útiles *Artificiales nonnullae Introductiones* (23), que Vives estudió y aprovechó probablemente.

En España habíamos tenido en el siglo XIII un filósofo que en nada cede á Hegel por lo que respecta á la extraordinaria amplitud de ideales, colosal elevación de miras, singular extravagancia de procedimientos y estupenda vaciedad filosófica: el beato Ramón Lull. Raimundo Lulio (1235-1315) practica en su *Ars magna generalis et ultima* la misma absurda confusión de lo real y lo ideal que constituye el fundamento, monstruosamente ridículo, de la lógica hegeliana, y como hizo notar con agudeza Pedro Ciruelo «*voluit dialecticam metaphysicae commiscere*», no dando lugar á ningún conocimiento científico: «*sed tantum inanis et confusa quaedam rerum cognitio*» (24).

Al espirar el siglo XV, los españoles nos distinguíamos por nuestra excepcional disposición para la sutileza dialéctica. Puede decirse que íbamos á la cabeza en este orden. Véanse, si no, el *Novus sed preclarissimus in posteriora analytica Aristotelis Commentarius* (Alcalá, 1529), del citado Pedro Ciruelo, donde acepta la doctrina de las especies sensibles é inteligibles; los *Scripta quam brevissima pariter*

et absolutissima (Valencia, 1531), del Maestro Juan de Celaya, valenciano, Doctor que fué por la Universidad de París y Rector de la de Valencia, obra en la que discute, entre otras cosas, *utrum dominus Deus possit facere aliquid melius quam fecerit;* la *Prima pars logices* (Alcalá, 1519), del propio Pedro Ciruelo, donde declara derivar su doctrina *ex Parisiensium logicorum optimis* y fulmina contra las Ideas platónicas los rayos de su indignación peripatética; las *Inenodabiles omnium posterioristicarum resolutionum argutiae* (París, 1506), del Maestro Agustín Pérez de Oliva; la *Expositio super duos libros Perihermenias Aristotelis,* del Doctor Santiago de Naveros (Alcalá, 1533), discípulo en Alcalá del Doctor Juan de Medina, donde se deleita en las inextricables cuestiones de *futuris contingentibus;* el *Tractatus Syllogismorum* (París, 1507), del segoviano Luis Coronel, Profesor en el Colegio de Montaigu, de París; las *Questiones logice* (París, 1509, y Alcalá, 1540), la *Expositio super libros posteriorum Aristotelis* (París, 1510, y Lyon, 1529), el *Tractatus exponibilium et fallaciarum* (París, 1511) ó el *Liber super praedicamenta Aristotelis* (Alcalá, 1538), del discípulo querido de Juan Maioris, el segoviano Antonio Coronel, hermano del anterior y Profesor como él en el Colegio de Montaigu, donde seguramente le conoció Vives; y sobre todos, el maestro de nuestro héroe, Gaspar Lax de Sariñena, en sus obras *Tractatus exponibilium propositionum* (París, 1507), *Tractatus sillogismorum* (París, 1510), *Tractatus de materiis et de oppositionibus in generali* (París, 1511), *Tractatus de oppossitionibus propositionum cathegoricarum in speciali, et de earum equipollentiis* (París, 1512) (25), *Tractatus obligationum* (París, 1512) y *Questiones in insolubilibus* (París, 1512) (26). Léanse, en el mencionado *Tractatus exponibilium* de Lax, los párrafos que dedica á tratar *de ly immediate,* y aquello de *si Sortes incipit per ultimum esse esse albus, Sortes incipit per primum esse esse albus et non e contra,* y se reconocerá que Feliciano de Silva queda muy atrás de todo esto en punto á intrincamiento de razones. Así se comprende que Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim (que á nuestro juicio es el principal autor de las *Epistolae obscurorum vi-*

rorum) llegase á abominar de todas las ciencias y artes, diputándolas por estériles y dudosas en su áureo tratado *De incertitudine et vanitate scientiarum et artium* (27), que tantos disgustos le originó.

La primera tentativa de reforma lógica que tuvo verdadera importancia en el Renacimiento fué la de Rodolfo Agrícola (Roelof Hysmann, 1442-1485).

Su clásico tratado *De inventione dialectica*, escrito en pulcro y atildado latín y lleno de discretísimas observaciones acerca del valor de la inducción y de la corrupción de la Lógica, debió despertar en Vives el sentido crítico que mostró inmediatamente que se vió libre del yugo escolástico. Agrícola, discípulo de Teodoro Gaza, entiende la Dialéctica en su verdadero concepto (como la entendió Aristóteles en sus *Tópicos)*, y habla de su división en dos partes: *invención* y *juicio* (28).

Examinadas las ideas vivistas, estamos autorizados para negar casi en absoluto la originalidad de las del famoso Pedro Ramus (1515-1572), como negamos la de su método. Cuanto dice Ramus en sus *Aristotelicae Animadversiones* (París, 1543) acerca de la división de la Lógica, las Categorías, la *Hermeneia*, la modalidad de los juicios, los defectos de Aristóteles, etc., etc., sin citar á Vives, lo había dicho ya éste, como Keckermann advierte (29) y como viene á reconocer el mismo Charles Waddington, biógrafo notable de Ramus, cuando confiesa la poca novedad dialéctica del ramismo (30), diciendo: «c'est donc véritablement une logique d'humaniste, plus appropriée à la renaissance littéraire du XVIe siècle qu'au mouvement scientifique des temps modernes, une logique qui reccommande l'observation de la nature humaine, mais qui ne l'observe que dans les oeuvres mortes de l'antiquité, qui proclame en principe et revendique avec force l'indépendence de la raison, mais qui de fait, *et contrairement à l'intention de son auteur*, nous retient encore sous le joug des anciens, tout en nous affranchissant de celui d'Aristote et en rompant violemment avec la barbarie du moyen âge.»

Lo que Ramus no aprendió en los libros de Vives fué aquella imparcialidad, aquella mesura, aquella moderación

con que casi siempre discute el humanista valentino las doctrinas del Estagirita, á quien admira y respeta, manifestando *siente reparo* en apartarse de su enseñanza *(quem ego veneror, uti par est*, advierte, *et ab eo* VERECUNDE *dissentio)*. De aquí que, mientras en los escritos de Ramus tradúcese á menudo el espíritu de partido y el humor agresivo de su autor, es un acendrado amor á la verdad y un profundo respeto á las opiniones ajenas lo que resplandece en las producciones de Luis Vives.

Ramus simplifica á veces la doctrina aristotélica, como cuando, en su *Dialectica*, reduce á uno los diez y seis modos de la identidad; otras la altera malamente, confundiendo, v. gr., la *contrariedad* con la *oposición;* y otras la sigue en un todo, como al tratar de la ciencia, de la causalidad, de la relatividad, de las leyes de las artes y aun del silogismo, puesto que el denominado por él *simplex contractus* es la tercera figura de Aristóteles, el *simplex explicatus 1.°* es la segunda, y el *simplex explicatus 2.°* la primera. En cambio rechaza el método inductivo al decir (lib. II, capítulo XVII): *methodus ab universalibus ad singularia perpetuo progreditur.*

Pero la obra lógica del filósofo griego es en sus fundamentos inmortal, y casi estábamos por decir indestructible. Por eso, tanto los tratados lógicos de Vives como las mismas *Institutiones dialecticae* (1543) de Ramus, y aun el *Organum dialecticum et rethoricum* de nuestro Brocense, quien, siguiendo las huellas de Vives, tanto atacó la doctrina aristotélica en su opúsculo *De nonnullis Porfirii aliorumque in dialectica erroribus* (1588), no son substancialmente otra cosa que simplificaciones más ó menos atinadas de la lógica peripatética.

A divulgar el conocimiento del verdadero Aristóteles había contribuído poderosamente el ilustre impresor veneciano Aldo Manucio, quien empezó en 1.° de Noviembre de 1496 á publicar una esmerada edición del texto griego de Aristóteles, en cinco volúmenes, terminando en 1499. En 1508 agregó la *Retórica* y la *Poética*, cuyo texto griego no había podido hallar hasta entonces. Además imprimió Aldo los Comentarios de Ammonio Hermeio, de Magentino, de

Juan Filopono y de Alejandro de Afrodisia, á la *Hermeneia* y á los *Tópicos*, de 1503 á 1513. En la misma Venecia, en 1499, el cretense Zacarías Calliergi imprimió los Comentarios de Simplicio á las *Categorías*.

Con razón dice A. Firmin-Didot que la edición aldina es «el monumento más grande de que las letras griegas eran deudoras á la imprenta». Desde entonces ya fué accesible el texto original del Filósofo, y se pudo apreciar las doctrinas en sus fuentes más puras, sin necesidad de intermediarios que las desfigurasen. En poco tiempo la edición de Aldo se hizo rara, y Erasmo la reprodujo y mejoró en 1531 (Basilea).

De esa suerte nació una escuela filosófica, propiamente llamada *neo-aristotélica*, que, sin abandonar por completo la tradición escolástica, llevó á la práctica los principios críticos de los renacientes, depurando la doctrina peripatética de muchos defectos que la obscurecían. Representante ilustre de tal dirección es en España el valenciano Juan Bautista Monllor, Canónigo de Orihuela, por sus *Paraphrasis et scholia in duos libros Priorum Analyticorum Aristotelis* (Valencia, Pedro de Huete, 1569), y más aún por sus preciosos opúsculos *De nomine entelechia* y *De universis quod in rebus constent sine mentis opera*, en cuyo prefacio hace una profesión de libertad filosófica de lo más enérgico y valiente que conocemos, aunque entren en cuenta Vives, Benito Pereira y Cardoso. Monllor afirma que: *non disputat Logicus de rebus, sed tantum praebet aliis artificibus disserendi instrumenta* (31), y dice, contra Cicerón y Policiano, que el vocablo ἐντελέχεια viene de ἐντελές *quod est perfectum*, ó de τελός, *quod est finis* y ἔχειν, *habere*, significando, por lo tanto: «quod potestati adversatur et ex altera parte respondet» (32).

También son aristotélicos: el valenciano Pedro Juan Núñez; el jesuíta Pedro de Fonseca, autor de unos *Institutionum dialecticarum libri octo* (Colonia, 1567); el benedictino Fray Francisco Ruiz, valisoletano, autor de un colosal *Index locupletissimus, duabus tomis digestus, in Aristotelis Stagiritae opera quae extent* (Excudebat Nicolaus Tierryus, anno 1540), obra verdaderamente ciclópea, y mucho

menos conocida de lo que merece; y el compatriota de Coronel, Gaspar Cardillo de Villalpando, Profesor en Alcalá. Cardillo de Villalpando (1527-1581) es, sin disputa, el más conspicuo de los representantes del neo-aristotelismo español del siglo XVI. Sus trabajos principales, en materia dialéctica, consisten en Comentarios: *In categorias Aristotelis* (Alcalá, 1558), dedicados á Honorato Juan, donde se muestra fogoso renaciente, renegando de los Enzinas, Dulardos, Naveros y Strodos, y citando con elogio á Rodolfo Agrícola, y donde combate la opinión de Fernando Alonso de Herrera acerca de no ser cantidades las palabras, y refuta los argumentos de Ramus y Vives (á quienes cita) contra el estudio de las categorías en la Lógica (33); *In libros Aristotelis de posteriori resolutione* (Alcalá, 1558); *In Aristotelis Topica* (Alcalá, 1569), donde distingue con gran claridad la Lógica de la Dialéctica; *In quinque voces Porphyrii* (Alcalá, 1566; 2.ª ed.), donde vuelve á citar á Vives, *vir doctissimus* (fols. 16-17), á propósito de si la Dialéctica se ocupa en las palabras solamente, ó también en las cosas; *In librum Perihermenias Aristotelis* (Alcalá, 1558 y 1569); *In libros de priori resolutione Aristotelis* (Alcalá, 1571); y especialmente en la célebre *Summa Summularum* (Alcalá, 1557, 1571, 1584, 1586, 1608, etc.), que cita Cervantes en el cap. 47 de la I Parte de *Don Quixote*, y que durante muchos años sirvió de texto en la Universidad Complutense. Cardillo merecería un estudio especial, aunque no sea de doctrinas muy originales; pero su influencia pedagógica fué considerable, y tuvo discípulos, como el gran poeta latino Martín Torre, que le hicieron gran honor.

En las *Súmulas*, Cardillo había hecho muchas concesiones al método antiguo. Mayores aún las hace el escolástico Domingo de Soto en sus Comentarios *In Dialecticam Aristotelis* (Salamanca, 1548) y sobre todo, en sus *Summulae Summularum* (4.ª ed., Salamanca, 1571), que representaron en Salamanca lo que las de Villalpando en Alcalá, y donde, á pesar de tratarse muchas cuestiones inútiles, se defiende valientemente el procedimiento inductivo (en el capítulo 12 del lib. II). Más atrasado anda Fray Juan de Santo Tomás, confesor de Felipe IV, en su *Cursus philoso-*

phicus Thomisticus (Lyón, 1678), donde consagra un brevísimo capítulo (el 2.° del libro III) á la inducción, pero habla en cambio largamente de las *suposiciones, ampliaciones, equipolencias*, etc., etc.

Al lado de éstos, había en España eclécticos, como Fray Pedro de Oña, que, en sus *Commentaria una cum Quaestionibus super universam Aristotelis Logicam Magnam* (Alcalá, 1588), se muestra eruditísimo, pero aficionado en demasía á los términos medios. Al tratar de la cuestión de las Categorías, cita á Vives y á Ramus (fols. 88-89), pero entiende que aquéllas no pertenecen á ninguna ciencia, ni á la Lógica, ni á la Metafísica.

La semilla sembrada por Agrícola, por Vives, por Lorenzo Valla (en sus *Dialecticae Disputationes)* y por Ramus, fué recogida en 1634 por Pedro Gassendi (1592-1655), hombre de vasta y profunda cultura.

En sus *Exercitationes paradoxicae adversús Aristoteleos* hace ver que la Dialéctica no es necesaria ni útil, que es ilusoria la limitación del número de las categorías á diez, y que no existe, en realidad, ciencia alguna de nada. Gassendi es un verdadero escéptico, como nuestro Francisco Sánchez, pero de extraordinaria erudición y de geniales intuiciones (34). Cita con frecuencia á Vives.

A la *duda metódica* de Descartes (1596-1650), como á la *inducción* de Bacon (1560-1626), se les ha dado, quizá, demasiada importancia. Una y otra habían sido proclamadas ya anteriormente, y el mérito de Descartes y de Bacon consistió en sistematizar su aplicación. Las doctrinas cartesianas inspiraron, además, la Lógica de Port-Royal, ó sea el *Arte de pensar* (1662) de Arnauld, libro de extraordinario mérito por su sencilla claridad, que fué traducido al castellano por D. Miguel Joseph Fernández en 1759.

Hasta el advenimiento de la escuela escocesa no encarnaron en cuerpo de doctrina las ideas lógicas de Vives y sus seguidores. Reid, Hamilton (35) y sobre todo Stuart Mill, en su *Sistema de lógica demostrativa é inductiva*, lograron realizar en forma positiva la renovación de la antigua Lógica, sin desechar lo que en ella había de aprovechable.

Por lo que á España respecta, la *Lógica* de D. Andrés

Piquer, Médico de S. M. (3.ª ed., Madrid, 1781) y declarado vivista, es un verdadero monumento de sana crítica y de buen sentido. Al tratar de las operaciones mentales del alma (pág. 2), al hablar de la definición (pág. 35) y al referirse al criterio de autoridad (pág. 111), Piquer se muestra francamente vivista, y el nombre del filósofo valentino no se le cae de la pluma. La *Introducción* de esta *Lógica* contiene una admirable reseña histórica de la ciencia, y allí declara Piquer: «considerando al mismo tiempo que la única y verdadera Lógica es la de Aristóteles, he procurado hacer el *principal* fondo de la mía *aristotélico*..... Estoy en la firme persuasión que es muy poco lo que en la substancia han adelantado los modernos sobre los antiguos en la Lógica.»

D. José Joaquín de Mora, el Dr. Llorens, Martí de Eixalá, y especialmente D. Pedro Codina y Vilá, representan en España la escuela escocesa durante el siglo XIX. Codina tradujo en 1853 la *Lógica* de Stuart Mill, de la que sólo salió á luz en Madrid el tomo I; pero, sobre todo, las *Lecciones de Psicología y Lógica* de Codina, publicadas en 1857, constituyen un verdadero modelo. El último buen libro que salió á luz en este género fueron los *Elementos de Lógica* de D. José María Rey y Heredia. Después, con raras excepciones, todo ha sido centones ó vulgaridades insípidas.

***

En el segundo libro *De causis corruptarum artium* se ocupa Vives en la Gramática, primera de las artes que constituían el antiguo *trivium*.

Ante todo, determina Vives el concepto de la ciencia, cuya importancia enaltece, rebatiendo la opinión defendida por los adversarios del Renacimiento. Recuerda la antigua distinción entre *litteratus*—γραμματικός—y *litterator*—γραμματιστής—y da con Quintiliano á la Gramática el nombre de *litteratura*. «La función del Gramático—dice—no consiste meramente en enseñar la estructura del idioma, no se circunscribe á mostrar al niño la mejor manera de

escribir y pronunciar las palabras, sino que persigue un fin más elevado, cual es la explicación de la Poesía, de la Historia y de los demás géneros de literatura.»

¿Cuáles son los vicios que han hecho degenerar esta importante disciplina? Los principales son, á juicio de Vives, los siguientes:

A) El absurdo empeño de reducir á fórmulas é inmutables cánones algo tan esencialmente *variable* como el idioma, que de continuo cambia con el uso. Petrificando de esa suerte las palabras, empobrecióse y se debilitó el lenguaje, privado así de su generosa lozanía. A este resultado conduce la supersticiosa manía de aquellos que pretenden que se rechace toda expresión no empleada por los autores que consideran *clásicos*.

B) La poca estima en que se tiene el nombre de *gramático*.

C) El error de entender que debe proscribirse el estudio de las humanidades, por ser éstas *velut seminarium errorum*, é inducir su cultivo á la impiedad y á la herejía. Contra esta opinión, renovada por alguno en nuestros días, habla extensamente Vives, demostrando que la moralidad é inmoralidad residen en el pensamiento y en la intención, no en la forma.

D) El haberse introducido en la Gramática las cuestiones y disputas escolásticas.

«Es evidente—dice—que si preguntas quién terminó la primera guerra púnica, ó dónde arribó Eneas después de la tempestad que dispersó sus naves, ó quién fué más pleitista en tiempo de Plinio ó de Catón, en caso de que te respondan acertadamente puedes pasar á otra materia; pero si no es así, vendrá la corrección, apoyada en el testimonio de un buen escritor, sin que quepa ulterior disputa. Con todo, han logrado llevar á la Gramática las disquisiciones dialécticas acerca de las definiciones y divisiones, los argumentos, la mayor, la menor, la conclusión y los corolarios, como puede verse en las glosas al Donato. De la Metafísica tomaron las *realitates, formalitates, entitates* y cuestiones *de modo significandi vocum*, con otros conceptos á cual más inútiles; así, preguntan por qué este nombre es masculino y aquél neutro; por qué es tal verbo activo y tal otro deponente.»

En los restantes capítulos de este libro ocúpase Vives en la crítica de la Poesía y de la Historia, siendo interesantes las observaciones que acerca de la última expone.

Hermánn el Alemán tradujo del árabe al latín, en Toledo, el resumen de la Poética de Aristóteles hecho por Averroes. Esto es lo único que de la obra del filósofo griego se conoció hasta principios del siglo XVI, en que se publicó la edición aldina.

En la Universidad de París, la reforma de 1452 recomendó especialmente el estudio de la Poesía, antes bastante descuidado. Con este objeto fueron llamados á aquella Universidad Profesores italianos, como Juan Balbo, Fausto Andrelino y Cornelio Vitelio. Pero la Gramática y cuantos á su estudio se dedicaban fueron mal mirados por los dialécticos. Por eso el Humanismo y la Lógica tradicional se mostraron siempre enemigos. Ya el Bachiller Pedro de la Rhua, Profesor de letras humanas en Soria por los años de 1545, escribía á D. Antonio de Guevara: «Confieso que la gramática es una arte á todas las otras facultades, aunque necesaria para el fundamento dellas, pero por ciertas causas tenida en poco y habida por importuna y odiosa.»

Tomando el término poesía como antitético del de prosa, no va descaminado el humanista español cuando da de aquélla un concepto puramente formal, diciendo: «poësis, oratio est certae cuidam legi numerorum astricta, in qua non solum est pedum alligatio, sed etiam rythmus, et concentus quidam harmonicus, quo audientium aures capiuntur, et demulcentur animi.» Reconoce, sin embargo, que la poesía debe tener su fondo, en razón del cual se determina la moralidad de la obra. En este concepto alaba los antiguos cánticos de Moisés y de David, y censura duramente á Homero y á Hesiodo por narrar guerras, parricidios, adulterios, impiedades y nefandos crímenes.

Repitiendo pensamientos ya expresados en el opúsculo *Veritas fucata*, critica la falsedad de los modelos poéticos y en especial las poesías amatorias, y aboga por el principio de que la poesía no debe perder de vista la realidad, en cuya

comprobación cita los ejemplos de Lucano (poeta favorito de Vives) y de Virgilio en los libros VI y VIII de su *Eneida*.

Algo dice también de la poesía dramática, que considera como «*cierta imagen de la vida*». Expone su decadencia, y comparando los poetas modernos con los antiguos (Aristófanes, Plauto, Terencio), afirma que éstos sobresalieron en la invención de la fábula *(in argumento deligendo)*, mientras los primeros brillan por el *arte* que despliegan al tratar los asuntos. Alaba también á los autores de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* (cuya más antigua edición conocida es de 1499), libro ya muy celebrado y leído cuando Vives escribía (36).

Pero aún ofrecen mayor importancia las afirmaciones relativas á la Historia; por ellas puede ser considerado Vives como uno de los iniciadores de la nueva corriente (defendida en España en el pasado siglo por el P. Sarmiento, por Jove-Llanos y por Forner), que pretende cambiar el tradicional concepto de aquél estudio, haciéndolo más comprensivo que una mera narración de acontecimientos políticos (37).

Acepta Vives como definición de la Historia el conocido concepto de Cicerón, y expone á seguida las causas que á la decadencia de aquel género literario han contribuído: «*Prima eius depravatio*—dice—*fuit admisceri rebus gestis mendacia*», corrupción que atribuye á los poetas. Estos, que fueron los más antiguos escritores, ganosos del aplauso popular, prefirieron cautivar á sus lectores con la brillantez de los períodos y la magia del relato, á proporcionarles fructífera enseñanza con la verídica narración de los acontecimientos pasados.

De aquí la poca escrupulosidad en comprobar la exactitud de las afirmaciones y el fundamento de las noticias, la confusión de las fechas, la ausencia de una puntual cronología, y, como corolario, el gran número de fábulas que nos ha legado la antigüedad. A este propósito formula Vives un juicio general de los historiadores griegos, en que quedan éstos bastante malparados, y no ciertamente con entera justicia, porque si algunos adolecen de los defectos que el

humanista español señala, otros, en cambio, deben tenerse por perdurables modelos de crítica y de buen decir, y así lo demostró contra Vives Gerardo Juan Vossio, en su libro *De historicis graecis*. Refiérese Vives, especialmente, á Herodoto y á Diodoro Sículo, á quienes acertadamente censura.

Otro de los vicios que con mucho acierto reprueba nuestro humanista en la narración histórica, es la excesiva atención que se concede á los hechos de guerra; entiende que tales relatos sólo sirven para estimular á cometer otras hazañas semejantes, y encuentra poco justo ensalzar á hombres como Julio César, que tanto exterminio aportaron al género humano con sus guerras, así generales como civiles: y bien mirado—dice—¿qué otra cosa, sino civiles, son todas las guerras de los hombres? *(At, si quis acute inspicial, quid aliud sunt omnia inter homines bella, quàm civilia?)*

Trata luego Vives de los historiadores modernos, y critica en ellos el poco esmero que ponen al ocuparse en las cosas antiguas; de lo cual—dice—dan buena muestra el libro de las *Vidas de los Filósofos* (recientemente editadas por Knust) y el titulado *Gesta Romanorum moralizata*. A los historiadores de sucesos modernos los censura por su escasa imparcialidad.

No menores defectos reprueba en los historiadores sagrados. Refiriéndose á la *Leyenda de oro*, dice: «¡Cuán indigna de Dios y de los buenos cristianos es esa historia de los Santos titulada *Leyenda áurea* (38), á la cual ignoro por qué razón califican de *áurea*, cuando más bien ha sido escrita por hombre *de férrea palabra ó de plúmbeo corazón* (ferrei oris, plumbei cordis!) ¿Qué cosa más hedionda *(foedius)* que semejante libro? ¡Oh, cuán vergonzoso es para nosotros los cristianos no haber procurado conservar con diligencia y exactitud la memoria de los hechos de nuestros prestantísimos Santos, para conocimiento de la verdad é imitación de la virtud, mientras que Griegos y Romanos escribieron con tanto cuidado las vidas de sus sabios!»

En algunos historiadores modernos, como los franceses Froissard, Monstrelet y Felipe de Commines, y el español Mosén Diego de Valera (n. 1412), encuentra Vives algún

mérito, pero condena la omisión que á veces hacen de los sucesos más importantes, y la puntualidad con que refieren insignificantes bagatelas. Censura también su poca discreción al llenar la historia de largos diálogos, insoportables amonestaciones y frigidísimas arengas. Compárales, por último, con los antiguos (Livio, Tácito, Tucídides), y sostiene la superioridad de éstos sobre aquéllos.

Termina el libro con una ligera crítica de los libros de caballerías (entre los que cita los españoles de *Amadís* y *Don Florisando*, los franceses de *Lanzarote* y de la *Tabla redonda* y el italiano de *Orlando*).

*
* *

Si en Dialéctica fué mera obra de simplificación la que realizaron los filósofos del Renacimiento, en Gramática tuvo muy otro sentido su tarea, porque consistió en remozar y transformar casi totalmente el antiguo bagaje.

El tratado *De octo partibus orationis* de Elio Donato (siglo IV) y la Gramática de Prisciano (siglos V-VI), sirvieron de base á esta disciplina durante toda la Edad Media, en unión con otros libros que á veces alteraron y pervirtieron la doctrina de aquéllos. Esto último ocurrió, v. gr., con las compilaciones famosas conocidas con los nombres de *Graecismus, Hugutio, Papias, Doctrinale, Catholicon*, etc., etc.

El *Elementarium Doctrinae erudimentum*, de Papias ó Papia (siglo XI ?), es una de esas primeras compilaciones, con cierto aspecto de diccionario enciclopédico. Da etimologías curiosísimas, como cuando dice que *barbarus* viene «de *barba* et *rure*» (39). Por el estilo, aunque algo más completo, son el *Lexicon* de Hugucio de Pisa (40), que vivió á fines del siglo XII, y el *Graecismus*, de Évrard de Béthune, escrito en 1212, con referencias á la lengua griega. También disfrutaron de gran boga el *Dictionarius* del inglés Juan de Garlandia (siglo XIII), el *Doctrinale* de Alejandro de Ville-Dieu (1170-1240 ?), Profesor parisiense (41), y, sobre todos, el *Catholicon* de Fray Juan de Janua ó de Balbis (m. 1298), terminado en 1286 (42). Él *Catholicon* viene á ser una reunión de todos los Diccionarios precedentes, especialmente del *Papias*, del *Hugutio*, del *Doctrinale* y del *Graecismus*, á los que cita con frecuencia. Divídese el *Catholicon* en cuatro partes: *Ortografía, Etimología, Diasintástica* y *Prosodia*. Contiene muchas etimologías absurdas, pero también es un copioso arsenal de noticias, y prestó grandes servicios en su tiempo. Al tratar de un vocablo, suele ocuparse con buen acuerdo en las que llama *compositiones* del mismo, que no son otra cosa sino los nuevos vocablos que de él pueden formarse mediante la adición de afijos y sufijos. Hablando, por ejemplo, de *trudo*, trae:

abs
con
de
ex
in
ob } *trudo;*
obs
per
pro
re

ni más ni menos que han hecho modernamente Bréal y Bailly en sus *Leçons de mots*.

Más reciente que el *Catholicon* es el *Comprehensorium* de Juan (siglo XIV ?), del cual hay una rarísima edición impresa en Valencia en 1475 (43). El autor del *Comprehensorium* no mejora mucho la obra de los anteriores, como puede verse por la siguiente estupenda etimología, que al acaso copiamos:

«VENUS, ERIS. f.—Dea amoris vel pulcritudinis, vel ipsa pulcritudo; et dicitur a *vena*, id est, sanguine, quia sanguis pulcritudinem et amorem creat.»

Reflejo de estas corruptelas fué el *Thesaurus pauperum et speculum puerorum* de Fray Juan de Pastrana, que rigió en nuestras escuelas como texto para el estudio de la Gramática latina hasta los tiempos de Lebrija (44). La barbarie de Pastrana se declara desde las primeras líneas de su libro. Dice que *titulus* viene de *titan:* «quod est sol, quia sicut sol universaliter totum mundum illuminat, sic et titu-

lus totum generaliter declarat opus». Sin embargo, al hablar de las declinaciones, no da los paradigmas completos de cada una, como hace Lebrija, sino las terminaciones de cada caso, método más racional (hoy restablecido), pero menos práctico que el de Lebrija.

Llegado el Renacimiento, Lorenzo Valla (1406-1457) *(Elegantiarum de lingua latina, libri VI)*, Nicolás Perotti (45), Antonio Mancinelli y Aldo Manucio (1449-1514) en Italia; Guillermo Tardif, Roberto Gaguin, Iodoco Badio (Josse Bade) (1462-1535), y sobre todos Juan Despautère (46) en Francia (1460-1520; Thomas Linacre en Inglaterra; Enrique Bebel, Santiago Henrichmann y Melanchthon en Alemania; Antonio de Lebrija y Arias Barbosa en España y Portugal, renuevan por completo la Gramática tradicional. La obra de Lebrija fué quizá en este sentido la más colosal de todas las de su tiempo, aunque entre en cuenta Lorenzo Valla. Despautère le sigue y cita, y Vives le menciona con verdadera reverencia. Sus *Introductiónes latinae explicitae* (Salamanca, 1481) y sus Diccionarios bilingües, que experimentaron numerosas refundiciones, han venido sirviendo de texto hasta nuestros tiempos (47). El método de Lebrija es práctico y claro, harto más claro y más práctico que el de muchos modernos *filólogos*, que, para enseñar latinidad á la infancia, se entretienen en escarceos griegos, sanscritos ó chinos. Los discípulos de Lebrija (Diego de Lora, Cristóbal Escobar, Pedro Núñez y, especialmente, el Licenciado Manzanares) (48), extendieron por toda España la doctrina del maestro, así como el médico valenciano Andrés Sampere, en su *Prima grammaticae latinae institutio* (Valencia, Juan Mey, 1560 ?), dedicada á Honorato Juan, extendió la de Vives.

El impulso de los renacientes subsistió hasta el siglo XIX, en que la Gramática comparada, en cuya historia corresponde parte muy principal á nuestro insigne D. Lorenzo Hervás y Panduro, transforma la Filología. El aspecto científico de la enseñanza gramatical ha ganado mucho, pero no así el práctico, y es lo cierto que, á pesar de nuestras pretenciosas *teorías*, poquísimos llegan hoy en toda su vida á hablar y escribir el latín ó el griego como los hablaban ó escribían á los veintidós años de edad los contemporáneos de Luis Vives.

*
* *

En la primera carta *De ratione studii puerilis* señala Vives el plan que ha de seguirse para el estudio de la lengua y literatura latinas. Ante todo, recomienda que la pronunciación de las letras sea clara y distinta, y hace notar la diferencia entre vocales y consonantes (49). Trata luego de las partes de la oración, que clasifica en ocho grupos: cuatro variables (verbo, participio, nombre y pronombre) y cuatro invariables (adverbio, preposición, conjunción é interjección). Aconseja que el discípulo copie en un cuaderno las palabras, frases ó narraciones más notables que encuentre en los autores que lea, pues aparte de que así las retendrá mejor en la memoria, «mientras escribimos, apartamos el ánimo de los pensamientos vanos ó torpes.» Quiere que diariamente se aprenda de memoria alguna cosa, porque de ese modo se recuerda todo con más facilidad, y dice ser conveniente para tal fin leer dos ó tres veces por la noche antes de acostarse lo que después se ha de aprender de coro por la mañana.

Conocidas las letras y las distintas clases de partes de la oración, deben aprenderse los géneros, números y casos de los nombres, tanto sustantivos como adjetivos, pasando luego al estudio del verbo y de sus cinco modos: *indicativo, imperativo, optativo, subjuntivo é infinitivo*, «á los cuales —dice—agrega doctamente Tomás Linacre el modo *potentativo*.» Viene luego el conocimiento de la Sintaxis ó Construcción, acerca de la cual lo primero que debe aprender el alumno es que ninguna oración puede haber sin verbo, explícito ó implícito, y después procederá al estudio de las distintas formas del verbo, SIN ABRUMAR LA MEMORIA CON MUCHOS EJEMPLOS, pues basta uno ó dos de cada clase. Seguirá la explicación de los verbales, participios, y verbos defectivos é irregulares, acerca de la cual recomienda Vives el *Thesaurum* de Antonio Mancinelli. Expuesto todo lo indicado, dice que podrán consultarse el Compendio de Gra-

mática de Tomás Linacre (1460-1524), autor del celebrado libro *De emendata structura latini sermonis* (1524), y el tratadito de Sintaxis de Melanchthon, como también algunas obras de Erasmo, singularmente los *Coloquios* «vel tota, vel selectam a praeceptore partem.» A seguida se aprenderán los vocablos y fórmulas más usuales en el lenguage familiar. Para el estudio de las sinonimias y diferencias de palabras indica Vives el ya mencionado libro de Mancinelli y el *Differentiarum Epitome ex Elegantiis Vallae* de Antonio de Lebrija.

Por vía de ejercicio, traducirá después el discípulo algunas proposiciones del idioma usual al latín, procurándose que versen, no sólo sobre asuntos graves, sino también sobre materias agradables, para no hacer árido el trabajo.

Convendrá estudiar al mismo tiempo los dísticos de Catón (50), los *mimos* de Publio Syro, las Sentencias de los Siete Sabios, y algunas narraciones interesantes entresacadas de la historia, como la de Lucrecia en Tito Livio y la de José en la Sagrada Escritura.

Encarece también Vives la conveniencia de que el alumno posea un Diccionario latino-vulgar para conocer la significación de las palabras. Empresa era esta realizada ya con feliz éxito en España por el ilustre Antonio de Lebrija. Será útil asimismo repasar lo aprendido, ampliándolo con nuevos conocimientos, por ejemplo, con el de las distintas clases de verbos y el empleo de sus modos, después de lo cual podrá entrarse en el examen de los acentos y de la cuantidad de las sílabas.

La conversación, ya con el Maestro, ya con los condiscípulos, debe ser *siempre en latín*. Precepto era este observado con el mayor rigor en las escuelas de entonces. En todas ellas había señaladas penas contra los que infringieran lo prescrito expresándose alguna vez en idioma vulgar. Los *lupi ó corycaei* encontraban á menudo en esas transgresiones pretexto para denunciar á sus camaradas (51).

Aunque Vives concede más importancia que Erasmo, Sturm y los demás de su tiempo á la lengua usual, como lo prueba la recomendación que hace de un *Diccionario latino-vulgar*, no parece ser partidario de la enseñanza de la lengua latina por medio de Gramática escrita en el idioma patrio. Lo contrario sostuvo más adelante nuestro Sánchez de las Brozas, quien, en su *Arte para en breve saber latín*, trae una disertación acerca de la conveniencia de escribir la gramática latina en el mismo idioma de los que han de estudiarla (52).

Aconseja también Vives que sea más de dos el número de los discípulos, á fin de que haya mayor estímulo en el estudio.

Al tratar de los libros que debe leer el alumno, refiérese Vives á todos aquellos «*que á la vez instruyen y perfeccionan el idioma y las costumbres*». Cita entre ellos la *República* de Platón en la versión latina (53), algunas obras de San Agustín y de San Jerónimo, la *Institutio principis christiani*, el *Enchiridion*, las *Paráfrasis* y otras varias producciones «*pietati utilia*» de Erasmo, y la *Utopia* de Tomás Moro. Para el conocimiento de la Historia menciona á Justino, á Floro y á Valerio Máximo. De los poetas recomienda á los cristianos, como Prudencio (54), Sidonio, Paulino, Arator, etc., «que en muchos lugares pueden competir con cualquiera de los antiguos», y entre los profanos cita á Lucano, Séneca el Trágico «et *magna ex parte* Horatius». Finalmente, entiende Vives que el discípulo debe leer también diariamente alguna parte del Nuevo Testamento.

Para la mejor inteligencia de todos estos preceptos es de tener en cuenta que Vives los acomodaba á la instrucción de una Princesa (55). De ahí la elección que hace de los autores y la índole de muchas de las observaciones contenidas en esta primera epístola. Así se explica también la importancia y extensión que concede á los estudios de Gramática, Historia y Política, disciplinas cuyo conocimiento no juzgaba necesario Vives para la instrucción de la mujer.

La segunda epístola *De ratione studii puerilis*, dedicada á Carlos de Mountjoy, tiene un carácter más general. Da en ella Vives notabilísimos consejos acerca de la instrucción de las jóvenes, y expone principios pedagógicos de la mayor importancia, cuyos precedentes pueden hallarse en el